

LA PALABRA DE VALLEJO

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Con Vallejo el asunto es a otro precio. No se trata aquí de pesar y medir una retórica. Se trata, eso sí de palparle las vísceras a una soledad, de padecer un padecimiento, de llegar al centro de un idioma concebido y realizado como testimonio de un castigo. Nada, pues, ni por sospecha, de lujo verbal o suntuosidad expresiva. En esta poética todo es óseo, duro, esquemático. El tiempo de Vallejo, es el de la piedra, el de los huesos, el de los nueve meses del hijo. Nos mostrará el mundo, los seres y las cosas del mundo, el perfil del amigo, el cuchillo del comedor, el camino, las espaldas doblegadas por la humillación de vivir con su dedo de niño cargado de inhumano deslumbramiento. Es inhumano a fuerza de densidad y penetración humanas. Se ha metido de lleno en el juego. Conoce, con inconsolable certidumbre, que el poeta es el hombre que ha escogido el fracaso. Y lo confirma con esos vocablos famélicos, acezantes, que piden de comer y beber en español. Detrás, demasiado atrás quizás, podremos sorprender esa astucia matemática, esa finura incásica, que puede, en un instante determinado, convertir todo ese harapiento andamiaje vocabular en una sensualidad de la inteligencia.

Lo que nos suscita Vallejo, el tema Vallejo, es hasta qué punto la historia estrictamente individual y anodina de un hombre —lo que una fruta ha pesado en su mano, el paladeo de su saliva en el ápice de un espasmo, el color que tuvo su piel una mañana de invierno, el susto de morir, la fatiga sorprendida en los pómulos de su padre— está en capacidad de servir, nutriéndolo desde adentro, desde sus puros tuétanos, al padecimiento poético. Lo que impresiona de Vallejo, por eso mismo, es la densidad de su compromiso, la distorsión axiológica a que somete la palabra, los resultados, siempre desgarradores, de su batalla con el absurdo. Conducta que realmente no tiene antecedentes en nuestro idioma. Vallejo es el hechizado que se contempla en el hechizo. Ha llevado hasta sus últimas consecuencias el experimento romántico de atestiguar por su conciencia, de considerar sus objeciones particulares como el tema absoluto y único de su tarea comunicante. Su poesía toda parece el jeroglífico de una larva: aun el roce más simple mortifica sus indefensas membranas. Entonces se revuelca en su nicho de saliva y de sangre, en su lodo de

sueños, en la sucia harina de sus días. Vallejo es quien soporta el reclamo de sus órganos, de sus sentidos, de su estar aquí, de su gasto de sudor, de la inútil molienda de su sollozo, de su nostalgia de alegría, de libertad y de luz. De esto, de su autofagia, de su monstruosa y vesánica inocencia, vienen el estupor y el choque que nos produce su poética. Y la dramática influencia que ha tenido su actitud. A partir de Vallejo nuestra poesía, la que se siente y expresa en español, ha sido una inmersión cada vez más alucinada en el desamparo de la conciencia; un amargo relato de nuestra impericia frente a la circunstancia.

De allí esa sensación de balbuceo, de rotura, de escalofriante sugere-
rencia, de cosa imposibilitada de concluir, que nos dejan estos versos des-
articulados y pordioseros; de allí esas imágenes cenicientas y vestidas de
saco. Vallejo es interioridad pura, carece de paisaje. Es el poseso, el car-
tujo de su delirio, que raspa y araña, hasta la locura, hasta el ronco ge-
mido, su porciúncula de condena. Cada vez que dice algo, que roza algo,
que toca algo con su verbo, sentimos olor a llaga, presencia de lastima-
dura. Su poesía es tumefacta. Cada parte de ella ha sido vapuleada por
el dintorno: por la ulterioridad de todo gesto, por el párpado abatido por
la reflexión o preñado por el deseo, por la tristeza del saludo, por el col-
millo hundido en su ración de sarcasmo. Este suplicio, llevado al paroxis-
mo, termina por catequizar. La obsesión de Vallejo nos despierta la nues-
tra. Nos comunica sus estigmas. Vallejo es un asumidor, un poeta encar-
nado. En una u otra forma (en esta desazón por explicarse y explicarnos,
radica su sitibunda energía) se considera el depositario de una expiación
colectiva. Esto lo trasciende, le imprime a su congoja una estatura y un
linaje mesiánicos. Y explica sus títulos nazarenos; "España Aparta de
Mí este Cáliz", "Los Heraldos Negros". No hay, pues, en su lectura, el
peligro de concluir en una falsa piedad de nosotros mismos. La limosna
de conmiseración que soterradamente nos invoca, y que nunca podremos
otorgarle si no apelamos a los mendrugos de nuestra propia conciencia,
es, en su fondo, una invitación a la rebeldía por la orfandad. El despojo
de su lección y de su idioma radica en su voluntaria pobreza. En esto es
un revolucionario intemporal y absoluto. Porque estos versos, tiritantes pe-
ro compactos, han terminado por convertirse en el más severo monaste-
rio que la lírica ha erigido en estas tierras de América. Dentro de él, en
su atmósfera de tensión y flagelo, nos entrenamos en milicia de soledad
y en vigor para resistir el embate de lo desconocido. En su disciplina por
el ayuno, Vallejo templea el ser y nos entrega una magra disponibilidad
para alcanzar la adultez, el significado y la voluntad de nuestra agonía.